

desgastan con la insistencia en lugares comunes –inevitable resultado de la suma de ensayos independientes– sobre el arte como lenguaje y *performance* (que “interrumpen la mirada cotidiana”, “disienten de otros lenguajes”, “cuestionan el sistema”, “critican la hegemonía”). También hay que señalar la fantasía teórica que algunos tramos reflexivos no satisfacen. Pienso, sobre todo, en el escasamente aprovechado poder interpretativo que se desprende del capítulo final sobre la idea de “poéticas del duelo”, y que llevaría a remontar el análisis haciendo visible el componente deconstructivo del “duelo”, esto es, enfatizando que lo suyo es una (paradójica) fuerza de demanda que resquebraja el orden político, pero no en nombre de ninguna política, y que apela a lo ético, pero no pagando el precio de alguna tradición moralista; es decir, el “duelo” de las *performances* y las acciones artísticas que analiza el ensayista dejan ver en cada tramo aquella fuerza que no se nombra: *infra-política*, un modo de acción simbólica que busca justicia, es cierto, pero una que desborde lo político y desborde de lo ético. Pese a estas observaciones, *Poéticas del duelo. Ensayos sobre arte, memoria y violencia política en el Perú*, de Víctor Vich, es un libro donde se muestra que todavía existen prácticas intelectuales de posviolencia que no dan tregua a las miserias de la (i)rracionalidad política y a la (in)sensibilidad ciudadana. Por el contrario, contagian la vocación por hacer cuerpo y trinchera para combatir y derrotarlas enristrando

como únicas armas de defensa el arte y el pensamiento críticos.

Javier Morales Mena  
Universidad Nacional  
Mayor de San Marcos

**Magdalena López. *Desde el fracaso: narrativas del Caribe insular hispano en el siglo XXI*. Madrid: Editorial Verbum S.L., 2015. 231 pp.**

*Desde el fracaso: narrativas del Caribe insular hispano en el siglo XXI* reúne una espléndida colección de ensayos de Magdalena López, publicados previamente en revistas académicas arbitradas. En su libro, en el cual analiza diez novelas recientes de autores y autoras de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, López conforma un nuevo corpus resignificador de lo caribeño: la literatura de la derrota en el Caribe insular hispano del siglo XXI.

En su texto, López parte de la dialéctica para luego abandonarla y alcanzar una “rara libertad” que nunca abandona el horizonte utópico. Las tres partes del libro, o metacapítulos, así lo delinean: I- Contra la épica, II- A favor del desarraigo, III- Quehaceres de la memoria. A través de estos podemos trazar la propuesta teórico-política de la escritora, quien no sólo examina la puesta en escena de proyectos políticos fracasados, sino también toma posición crítica en torno a sus “respuestas”. López logra articular una visión ético-política hacia el futuro, la cual se afirma contra toda posición épica, heroica, totalizante y excluyente, y

en favor de una práctica ontológica dinámica, desarraigada y deseante fundamentada en “la asunción del fracaso”.

La primera parte, “Contra la épica”, está compuesta de tres subcapítulos. En el primero, “El fracaso frente a la épica: *La novela de mi vida* y *Muerte de nadie*”, López trabaja las novelas de los cubanos Leonardo Padura y Arturo Arango, respectivamente, y analiza “cómo una conciencia del fracaso ha venido a reemplazar la épica dominante de la literatura de años anteriores” (39). El potencial de dichas obras, añade la autora, “residiría en su carácter alternativo frente a un discurso oficial que replicó el culto heroico y las narrativas teleológicas triunfalistas para identificar la nación revolucionaria” (39).

Tal como ocurre a lo largo del libro, López acompaña su análisis crítico con un desarrollo de los conceptos teóricos que fundamentan su argumentación. A su vez, la autora logra concatenarlos en una cadena sintagmática de equivalencias, formando constelaciones teórico-conceptuales que figurarán a lo largo del texto y que conforman una cartografía crítica que sirve como manual de navegación, si no como derrotero mismo. Por ejemplo, López toma la noción del deseo utópico como aquel sustentado en la búsqueda de ese “no lugar”, del que se carece y, por lo tanto, se desea, y la vincula con la noción freudiana de melancolía, como forma de relacionarse con lo perdido.

De forma consecutiva, y en consonancia con una aproximación que podríamos denominar como postdialéctica, López explica la

diferenciación de Edward Thompson entre “utopías compensatorias” y “utopías transformativas”. Son precisamente estas últimas las que López halla en los personajes de Heredia y Fernando, protagonistas de *La novela de mi vida* (2002). Con su libro, López se alinearé abiertamente en favor de las “utopías transformativas”, donde encuentra la posibilidad de un dinamismo creativo, basado en los afectos, que se abre a lo diverso y desmonta las fantasías épicas de heroísmos hegemónicos y excluyentes. En contraposición, se halla la novela de Arango, donde la autora encuentra “la negación de una conciencia de la catástrofe” (50), resultado del autoritarismo en la isla, la cual anula la política, cancela el deseo y niega la experiencia transformadora (57).

El segundo ensayo se titula “*Caamaño. La última esperanza armada*: una subjetividad testimonial sin épica”. La novela nos presenta el testimonio de Manuel Matos Mosquete sobre su experiencia en la guerrilla armada bajo el mando del líder Caamaño. En su análisis, López logra otro de los aciertos metodológicos del libro al situar la discusión de la obra al interior de debates académicos relevantes y contextualizarla según el panorama histórico-político del país en cuestión y/o del espacio hispanocaribeño. En este caso, dialoga con los estudios sobre el género testimonial elaborados por los latinoamericanistas John Beverley y Juan Duchesne Winter, entre otros. Utilizando a Paul Ricoeur y a Beatriz Sarlo como referentes a su vez, López afirma que por medio de la narración de la praxis revolucionaria

ría el autor desarrolla “una libertad crítica que no es posible dentro de la militancia política que se nos relata”, abriendo paso a una “nueva subjetividad liberada de lo heroico desde una asunción de la derrota sin victimismos maniqueos” (69).

En el último ensayo de esta primera parte, titulado “El derrotado heroico: el regreso de la épica letrada en *Simone*”, López analiza la premiada obra del escritor puertorriqueño Eduardo Lalo y la sitúa dentro de una tradición neorielista. Lalo afirmaría el valor de la cultura letrada como forma de resistencia contra la hegemonía cultural estadounidense y contra la sociedad neoliberal de consumo. Utilizando la escritura como arma de combate contra el colonialismo y el consumismo, el narrador-intelectual emerge como un héroe solitario y combativo. El testimonio de la pluma surge así, explica López, como “una forma de autenticidad sin imposturas”, que contendría “una verdad ética y estética en un mundo en que sus valores están por desaparecer” (92). La literatura es, por lo tanto, una “insignia de la derrota”, y el escritor, un derrotado heroico de la épica letrada que intenta sostener y visibilizar. De forma análoga a la disquisición sobre las utopías, López recoge el análisis de Svetlana Boym sobre dos tipos de nostalgias: “la restaurativa” y “la reflexiva”. La novela de Lalo reflejaría el primer modelo en la medida en que, según la autora, se escribe *desde* un pasado letrado que, de forma defensiva, se afirma como auténtico o verdadero. En la medida que no transige con el presente, el protagonista-escritor

permanece inmutable en su posicionamiento y juicio moral, y apun-tala hacia el retorno.

La segunda parte del libro, “A favor del desarraigo”, también está compuesta por tres subcapítulos. El primero, en torno a la novela *Otras plegarias atendidas* (2002) de la escritora cubana Mylene Fernández, identifica la presencia de una “subjetividad alternativa” en la obra, que a diferencia de la “condición diaspórica” trabajada por Josefina Ludmer, “plantea la liberación de una dimensión temporal progresiva” (117). Dicho estado de tránsito e inestabilidad permanente, denominado por López como “condición de transitoriedad”, elude “la carga épica” y permite que la memoria se reinvente continuamente. El desarraigo de la protagonista “se convierte en un recurso de apertura hacia lo heterogéneo y lo relativo” que desencializa los lugares y las distancias y acoge “la imprevisibilidad de lo diverso”. La novela propondría de este modo, una “poética de la errancia” a la manera descrita por Édouard Glissant. El desarraigo de esa “raíz única” cultural, territorial y arborescente abre paso a lo que el martiniqueño también calificó como una “poética de la relación”, cuyos constantes desplazamientos físicos y conceptuales, López identifica como nuevos “anhelos utópicos” de principios de siglo XXI.

En su análisis de la novela *Los blancos manicomios* (2008) de la cubana Margarita Mateo Palmer, López utiliza la metáfora del arte antillano como vasija compuesta de fragmentos remendados —elaborada por el poeta Derek Walcott en su

discurso de aceptación al premio Nobel—, para conceptualizar la psiquis disociativa de la protagonista, así como la análoga fragmentación y recomposición de su hogar y núcleo familiar. Al reconocer los fragmentos ruinosos de su psiquis, y abrirse a espacios “fuera de sí”, la protagonista logra asumir el trauma (de sus exilios reales y metafóricos) y restablecer un sentido de comunidad que no abandona el hogar cubano, aunque transfigurado. En este caso, la necesidad del regreso al espacio insular se concibe como fin de un “proceso teleológico” que parte de escisiones, desplazamientos y rememoraciones, también necesarios.

El próximo ensayo del libro se titula “Los lugares del *loser* antropofágico en *The Brief Wondrous Life of Oscar Wilde*”. Retomando la diferenciación establecida por Glissant entre territorio y lugar, y en productivo diálogo crítico con diversos pensadores, filósofos y estudiosos tales como Arturo Escobar y Alicia Lindón, Yolanda Martínez San-Miguel, Michel de Certeau, Santiago Castro Gómez, y Deleuze y Guattari, López comienza a desarrollar su propia lectura de la novela de Junot Díaz en la que halla una “ficcionalización de la idea de *lugar*, como puesta en escena de espacios sin *territorios*” (145). Dicho *lugar* no radica en un territorio singular o específico, sino que más bien parte de la aceptación de las dislocaciones y desterritorializaciones que desafían las delimitaciones de identidades fijas o asignadas. El *loser* o “perdedor” *antropofágico* es entonces aquel que, de manera “acéntrica”, desestabiliza

significantes identitarios y culturales, “enclavados en nociones nacionales, raciales, temporales, económicas y sexuales” excluyentes, y construye un espacio que, sin olvidar el dolor y su pasado, transforma su presente al mantenerse éticamente fiel a lo diverso e imprevisible.

Tal como lo explica López en su excelente introducción, la tercera y última parte de su libro, titulada “Quehaceres de la memoria”, intenta responder a la siguiente pregunta: “¿Qué hacer con la memoria cuando ésta se encuentra sujeta al deber ser épico y al mismo tiempo sufre los embates del desarraigo?” (34). Al analizar las novelas *Letramuerto: asesinato en La Tertulia* (2010) del puertorriqueño Wilfredo Mattos Cintrón, *Charamicos* (2003), de la dominicana Ángela Hernández, y *Barataria* (2012), por Juan López Bauzá, Magdalena López identifica diversos derroteros. En *Letramuerto*, propone “la apertura de un archivo del fracaso” que ocurriría tras la desclasificación en 1982 de los archivos policiales o “carpetas” mantenidos por la policía contra miles de puertorriqueños independentistas, y que moviliza la acción de la novela. Reconociendo la relación entre archivo y poder trabajada por Jacques Derrida y Roberto González Echevarría, la autora sugiere leer el gesto rememorativo en la novela como un “contra-archivo” que permite establecer una autocrítica del movimiento, y restaurar “una apertura hacia nuevas maneras de plantearse el activismo de cara a un futuro utópico” (180).

En “*Charamicos: la derrota de la modernidad revolucionaria domini-*

cana”, López acude a la distinción de Reinhart Koselleck entre el “espacio de experiencia” y “el horizonte de expectativa” como uno de los puntos de partida para analizar cómo la izquierda constitucionalista durante el régimen represivo de Balaguer configura el segundo a expensas del primero, privando a los personajes femeninos principales, de integrar su previo conocimiento personal a los ideales utópicos revolucionarios. Con característica lucidez, López formula una nueva distinción entre lo que ella denomina “la épica volitiva” y “la crítica dubitativa”. Mientras que la primera es acogida por el personaje de Ercira, la segunda, propia del personaje de su amiga Trinidad, es la que, según López, “resulta más próxima al lector” (199). La expresión de esta postura permite que se cuestione el ideal modernizador de la izquierda revolucionaria dominicana que ante la mirada crítica de Trinidad, revela sus rasgos patriarcales, verticalistas, épicos, cartesianos, teleológicos y autoritarios.

El último ensayo de la colección aborda la obra *Barataria* del escritor Juan López Bauzá. Mientras que el personaje de Chiquitín—versión en clave boricua del personaje de don Quijote de la Mancha—, muestra una “compulsión épica” y martiroológica por delimitar su propia identidad hacia un *telos* modernizador anexionista, Margarito, su “asistente” elude el “esquematismo moral entre el bien y el mal” y reconoce las desigualdades de poder más allá de cualquier estatus político para la isla. A diferencia de la obra cervantina, Chiquitín no quedará desengañado y los per-

sonajes se desplazarán por la isla sin rumbo fijo, conformando lo que López denomina como una “territorialidad errática”. Lo errático se convierte en un “rasgo definitorio de lo puertorriqueño y de lo caribeño”, suplementando así, de forma contundente, la tesis carpenteriana sobre el carácter barroco de la cultura caribeña. Es en dicho desplazamiento impredecible donde la autora halla la posibilidad de un nuevo agenciamiento que, sin renunciar a la utopía y al placer, y asumiendo el trauma de la violencia y las derrotas, quiebra los confines de las prescripciones normativas, restrictivas y excluyentes, desde el fracaso y hacia lo porvenir.

*Teresa Peña Jordán*

Universidad de Puerto Rico

**Eduardo Huaytán Martínez. *La voz, el viento y la escritura. Representación y memoria en los primeros testimonios de mujeres en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad San Ignacio de Loyola, 2013. 308pp.**

El testimonio se erige en América Latina como una modalidad discursiva que tornó porosas las fronteras entre la literatura y otras disciplinas. Al mismo tiempo, instala una discusión y propicia un cuestionamiento y reflexión en torno de los géneros discursivos, el canon literario y su función estético-política dentro de la literatura.

En el Perú las historias de vida se vuelven protagonistas de una serie de publicaciones que desde la década del 70 hasta el día de hoy se siguen gestando. Los temas que